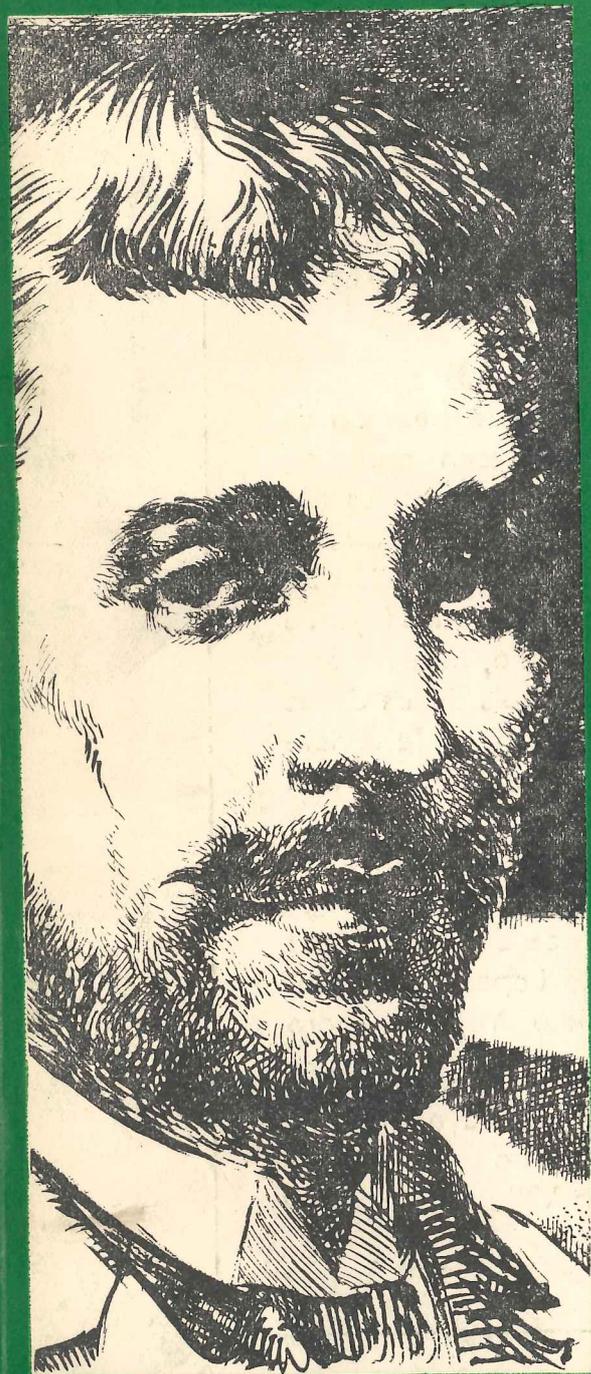


Cuadernos



PALABRAS A LA JUVENTUD DE EUROPA

por

Josué de Castro (Brasil)

K. B. Lall (India)

SILVA, EL NOVIO DE LA MUERTE

J. Carrera Andrade

EL ROMANCE DE MADAME GODIN

Augusto Arias

PRIMER PREMIO DEL CUENTO VENEZOLANO

Gustavo L. Carrera: «Ven, Nazareno»

OBRAS MAESTRAS DEL MUSEO DEL HOMBRE

Damián Carlos Bayón

LA LEYENDA DE UN «AFRANCESADO»

A. Costa du Rels

AMERICANOS DE HACE MEDIO SIGLO

Mathilde Pomès

EL TIEMPO DE JEAN COCTEAU

Salvador Reyes

DE GALILEO AL TELESCOPIO DEL PALOMAR

Louis Rougier

LA JOVEN POESIA PARAGUAYA

JULIO DE 1965

N° 98

diálogo

Costa du Rels ¿el afrancesado?

DE GERMAN ARCINIEGAS A COSTA DU RELS

MI ESTIMADO AMIGO : Recibo algunos recortes de diarios latinoamericanos, que reproducen con variantes, el artículo que me hizo usted el honor de consagrar en *El Tiempo* de Bogotá, al « Teatro de Costa du Rels ». Contienen todas las inexactitudes en que usted incurre, las que añadidas a las que ya —escritas o habladas— circulan de tiempo atrás sobre mi obra —no hablemos de mi persona— podrían, avaladas por su autorizada pluma, crear una semblanza que no corresponde a la verdad.

Franqueada ya la mitad del camino, y por vez primera, debo reponer las cosas en su lugar. Aun cuando esta rectificación resultara larga, le agradezco la ocasión que me brinda para, una vez por todas, fijar los contornos de la realidad.

De su artículo, sólo retendré tres observaciones : I) afrancesamiento ; II) obra escasa, en español ; III) ausentismo.

AFRANCESAMIENTO

Arguedas me refería que entre 1910 y 1925, más o menos, ciertos escritores latinoamericanos, ya de fama en sus respectivos países, vinieron a Europa, y deslumbrados por la irradiación intelectual de París —dueño y señor de las celebridades mundiales—, adoptaron el francés como medio de expresión, sin por ello abandonar su origen hispano. Fueron todos ellos bilingües conscientes y voluntarios. No pertenezco a esta categoría.

Nací en Sucre (Bolivia). Mi padre era un ingeniero francés enviado a las minas de Huancahaca, que habían pertenecido en parte a mi abuelo materno, igualmente francés y casado con doña Isabel Medeiros, descendiente en línea rec-

ta del Dr. Don Juan José de Segovia, Oidor de la Real Audiencia de Charcas.

Mi madre murió en muy temprana edad. Mi padre, ocupado en sus faenas mineras, me dejaba al cuidado de criadas que hablaban mejor el quechua que el español. Mientras tanto, el alfabeto y yo no hacíamos buenas migas. Descontento, mi padre resolvió entonces llevarme a Europa. Tenía yo siete años. Me puso en el mismo plantel donde él se educó : el colegio Fesch de Ajaccio (Córcega). Llegaba yo allí con mi español amestizado. Y la letra me entró literalmente con sangre. Prodújose en mí un doloroso fenómeno de trastrocamiento lingüístico. En un par de años el curso reemplazó al quechua y el francés al español. Ya entonces el Quinto Caballero —el Olvido— perfilóse. Con él desaparecieron mi infancia boliviana y las leyendas aterradoras (duendes, tesoros ocultos) con que se nutrió mi imaginación de niño. A poco, sin que hubiera tenido la dicha de volver a verlo, mi padre falleció en plena juventud. Confiándome al cuidado de mis tíos corsos, don Canuto Querejazu, mi tutor, siguió costeando generosamente mis estudios. Mas falleció también poco después, dejando a su viuda la noble misión de no abandonarme. Así pues, empezaba la vida custodiado por la muerte. Era pobre y huérfano. Pero la Providencia no me quitó su mano de encima. Conocí la Bondad en la persona de un pasante llamado Ricci. Tratábelo de chiflado, pues todas sus amonestaciones, las más triviales, hacíalas citando a Séneca o a Ovidio... Era modesto, sobrio y humilde. Espartano en sus costumbres y estudioso empedernido ; en el fondo era un rebelde anticonformista. A solas se mofaba, aquel auténtico erudito, de los desplantes y de la hueca sabiduría de los doctores. Se apiadó de mí. Me dio lecciones particulares gratis. Madrugón tras madrugón, re-

cibí de él una instrucción mucho más sólida que la recibida en las clases corrientes. Textos en mano, me explicó desde sus orígenes filológicos, pasando por la gramática, hasta los términos ya cristalizados en manos de los grandes autores, me explicó digo, el puro idioma francés. Me hizo comprender su lógica y su claridad, me hizo paladear su musicalidad. Me lo hizo amar. Ricci fue mi maestro, mi padre, mi amigo. Adivinó tal vez en mí alguna inclinación poética. Y dentro de una disciplina mental inflexible me permitió —deporte del espíritu— las primeras tentativas de versificación. Al cabo de tres años, persecutores y burlones se quedaron atrás. Pasaron los años. Con profunda sorpresa mía, un buen día Ricci me anunció, dentro del mayor sigilo, que había ya pagado —de su bolsillo— los gastos de mi inscripción para rendir el examen de bachillerato. Consideraba que hallábase suficientemente preparado, que podía lanzarme. Oficialmente estaba en tercer año, y me faltaban dos. El acto de Ricci constituía una audacia poco común, pues iba al encuentro de los reglamentos. Fuimos conspiradores contra la ley universitaria, celosamente respetada en el Colegio Fesch, que parecía custodiar la estatua del famoso cardenal, tío de Napoleón I. Noventa días de trabajos forzosos, dentro de la alegría que procura lo prohibido. Llegó el verano. Y el día 19 de junio —que coincidía con mi aniversario— Ricci vino a buscarme al estudio, so pretexto de ir a la Biblioteca. Confieso que aquel día mi buen humor trocose en angustia. Mas la suerte me ayudó. Franqué todas las vallas y obtuve mi título de bachiller en letras. ¡A los 15 años! ¡A la vez que conquistaba la libertad! Alzándose de hombros ante la batahola universitaria, Ricci, como en un cuento de hadas, Ricci teósofo, Ricci rebelde, Ricci el chiflado, me dijo : « Has probado el terreno. Sólo te puse el pie en el estribo. Y ahora, que el destino te sea leve. » Y aquí termina el relato circunstanciado de mi afrancesamiento. Abrevio. No pasaron dos años en que, chocados por mi amor de las letras y del teatro, los encargados de velar por mí en París cortaron repentinamente mis estudios universitarios y, casi *manu militari*, me embarcaron para Bolivia. Un puesto en las minas de Huanchaca, cuyo nombre me era familiar. A mal que no tenía remedio, mi juventud le puso buena cara. Llegué a Pulacayo (Huanchaca) con modestísimo equipaje, pero con un invisible tesoro : Pascal, Bossuet, Chateaubriand, Baudelaire. Frente a la cordillera bravía tuve que someterme y desandar lo andado. Proceso penoso. A los dieciocho años, poseía una cultura y un idioma que no era por cierto el idioma natal. Éste lo aprendí nuevamente, de oídas, en compañía de mineros, de cateadores, de cazadores clandestinos de chinchillas, de contraban-

distas chilenos y de emigrantes extranjeros sospechosos. El maestro de escuela del pueblo, me habló de tres desconocidos : Rubén Darío, Rodó y... Vargas Vila, a quien parecía preferir. ¿Para qué le cuento más? Si es que quisiera usted enmendar las inexactitudes del artículo causante de esta rectificación, ya tendrá donde alimentar su curiosidad. Y prosigamos.

ESTERILIDAD EN OBRAS ESPAÑOLAS

Nos conocimos en Buenos Aires, en 1941. Usted representaba a Colombia, yo a Bolivia, país fronterizo que tenía problemas pendientes con la Argentina. Tanto más cuanto que la capital del Plata era a la sazón la única gran urbe que escapaba al inmenso trastorno de la guerra. ¿Que conquisté? ¿Que brillé en el alto mundo social? ¿Que hablé en francés o en otros idiomas? Todo esto entraba dentro de mis obligaciones llamémoslas profesionales. Representaba a Bolivia, y en todos los terrenos debía yo asentar su prestigio.

El que lo haya leído (y sus lectores son numerosos en Latinoamérica) creerá que fui un diplomático mundano, de antiguo cuño. Mas detrás de ese biombo de vanidad y de oropel, negociaba tratados, buscaba modificaciones a los existentes, conseguía cereales y objetos manufacturados tan necesarios para incrementar la explotación de los metales indispensables en la contienda bélica. Esta labor, oculta por cierto al público, la llevé a cabo gracias a colaboradores de valía : v.g. Medeiros Querejazu en lo diplomático y en lo económico, y Oscar Cerruto en lo cultural. Hoy, Medeiros acaba de presentar sus credenciales de Embajador en Buenos Aires. Un acierto de la Junta Militar que derrocó al régimen de Paz Estenssoro.

Usted pensará, mi querido amigo, a qué viene toda esta plática. Ella responde a su observación : esterilidad en el dominio literario. ¿Podía escribir desempeñando una de las dos principales embajadas de Bolivia, Descuidé mi obra en beneficio de mi país. ¡Y no me pesa!

Usted habla de *Tierras hechizadas*, fascinante libro, que anunció en el mundo de las letras a Costa du Rels, como de una obra que se quedó aislada, sin compañera... Esto quiere decir, según afirma Roger Caillois, que los escritores latinoamericanos para conocerse deben pasar por Nueva York, París o Moscú. « Los escritores no se conocen directamente. Sus respectivas obras no franquean jamás los Andes, la selva, ni el mismo llano. Para ir de la Argentina al Brasil, la ruta cultural pasa por París, Nueva York o Moscú. Y desde hace poco La Habana.

La literatura latinoamericana hállase compartimentada. No existe, salvo razones políticas, un organismo de difusión y de distribución. De tal manera, que un escritor puede permanecer años, casi desconocido, salvo cuando se le traduce al francés o al inglés. Cumplido este requisito, la obra es traducida casi automáticamente a los demás idiomas europeos. »

Es así como usted no conoce *El embrujo del Oro*, que le mando hoy. Obra ya casi olvidada, pues fue publicada en Buenos Aires en 1919. La escribí bajo los consejos y con la ayuda de Pérez de Ayala, insigne escritor español exiliado en la Argentina. La edición está agotada ; y es precisamente a esta obra a la que ha sido otorgado el Premio de las Amistades Internacionales 1965, y a mí, con su amistoso énfasis, Leonello Fiumi me llama « el poeta de los Andes », según reza en el recorte que le envío de un diario italiano. Europa descubre *El embrujo del Oro*, al mismo tiempo que usted gran escritor latinoamericano. Deseo que su lectura le agrade tanto como la de *Tierras hechizadas*. Y que su juicio sea más indulgente aún. Una nota editorial responde en parte a sus observaciones.

Reconozco que no soy un autor prolífico. Aunque hay circunstancias atenuantes para ello. Mi carrera diplomática, de vez en cuando entrecortada por revoluciones, sobre todo desde el año 1943, me ha brindado, junto con destituciones saludables, la ocasión de volver a mi pluma. Desde el año 1952, cuando fui echado de la carrera por el gobierno Paz Estenssoro, he trabajado. Mis gavetas llenas están de manuscritos, ora en francés, ora en español, v.g. la *Trilogía de los Andes*, tres volúmenes que irán saliendo poco a poco. Dios mediante.

Entretanto, *Los Estandartes del Rey*, mi pieza sobre el combate de los sacerdotes obreros estrenada en el Vieux-Colombier de París, en 1956, continúa su carrera en varios idiomas. En Nueva York, después de su éxito en el Blackfriars' Theater, continúa representándose en su traducción inglesa. Y en los países latinoamericanos, en su traducción española. Salvo en la Península, donde la censura no la aceptó. *Le Signe du Feu*, en colaboración con Thierry Maulnier, fue estrenada en 1961. Cuando usted dice que en París hay que estrenar una obra cada año, parece broma, sobre todo para un autor extranjero, pues no sólo es menester talento, sino dinero. Los directores de teatro, hoy en día, han cesado de existir, desde que el comercio de los espectáculos lo ha invadido todo. Con el « vetetismo », la televisión, etc., las salas subvencionadas por el Estado quedan excluidas, salvo

« entreguismo » ideológico. Hoy la moda va del lado de Lorca —por lo poético y por su fin trágico—, y de Brecht, por razones múltiples. Usted en París, sólo oírás decir : ¡No hay autores! Pero, sí, hay excelentes actores.

AUSENTISMO

Pasemos ahora a su tercera observación : el ausentismo. Ha levantado ampolla. Hace trece años que fui, como ya lo tengo dicho, separado de la carrera. Mi país ha vivido una época atormentada de la cual recién sale. Crisis social, racial, económica, etc. En 1952, el dólar valía 62 pesos bolivianos. Hoy, 12.000. La ruina del país es total, y todos, salvo excepciones, políticos vivarachos vecinos al azucarero, todos en Bolivia viven en la miseria. No creo que desde hace trece años se haya publicado ningún libro sobresaliente. Para quien quería proseguir una obra seria, el ausentismo era de rigor, aun con duros sacrificios. El que usted parece reprocharme sería tal vez el diplomático. Ya me lo han reprochado en mi país, olvidando que muy joven fui llamado a puestos de responsabilidad, en horas cruciales en la historia contemporánea de Bolivia : la guerra del Chaco. Ante los estrados de la justicia internacional, puse a su servicio mi francés e hice triunfar su tesis. Por desgracia, la dura realidad y la malhadada mediterraneidad de mi país, nos fueron y nos serán siempre contrarias. Y la paz, la paz del Chaco, fruto de las rivalidades « fraternales » de los países americanos, echó sobre los hombros de una juventud desengañada el peso de las responsabilidades contraídas por políticos insensatos. Hoy, después de treinta años, mi país sigue padeciendo las consecuencias de aquella guerra absurda. Y será aún por muchos años la « Cenicienta de América », el « problemazo insoluble ». Los que manejamos una pluma sólo podemos explicar, indagar, hacer respetar, dentro del marco de un ausentismo constructivo. Sea cual fuere el idioma empleado. Es la tarea que me he propuesto. Pudiendo, gracias a Dios, emplear para ello las horas ya serenas de la madurez.

Le agradezco una vez más, puesto que esta carta adquiere las dimensiones de un alegato, el haberme dado la ocasión de exteriorizar algunos puntos de vista, guardados desde muy atrás y que usted con tanta perspicacia ha puesto en descubierto al consagrar su crónica al « Quinto Caballero » y a todo lo que él arrastra.

A. COSTA DU RELS